

¿Quién le respondió? La voz de Danton, es decir, Thirion. Este, que después de muerto Danton adquirió una terrible enfermedad del pecho, tuvo aquel día un asombroso poder.

Robespierre no podía esperar nada ya desde el momento en que había caído en poder de los dantonistas.

«¡Lo ahoga la sangre de Danton!» dijo Garnier.

«¡Ah queréis vengar la sangre de Danton!» dijo riendo sardónicamente Robespierre.

Del fondo de la Montaña eleváronse voces tremendas.

«¡Que se le acuse!»

«¡Que se le arreste!»

La Asamblea en masa los apoya. Robespierre el joven y Legendre quieren ser detenidos también.

Robespierre creyó encontrar en este hecho una luz. Conocía el corazón de la muchedumbre. Quiso hablar en favor de su hermano. Si hubiera enternecido á la Asamblea se hubiera salvado él mismo.

Pero un periodista, Duval, despedido por Robespierre, gritó: «Presidente: aquí hay un hombre que quiere ser el dueño de la Convención.»

Freron: «¡Ah, cuán difícil son de combatir los tiranos!»

Voces poderosas repitieron. «¡Que se le arreste!»

Decrétase por unanimidad.

Oyéñse después gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!

«La República—grita Robespierre—se ha perdido. Triunfan los brigantes.»

Lebas: «No puedo compartir el oprobio de este acuerdo. Yo quiero ser arrestado también.»

Freron: «Lebas, Couthon y Saint-Just quieren hacer de nuestros cadáveres el pedestal para su trono.»

Clausel: «Que se ejecute la orden.»

El presidente: «He ordenado á los ujieres que se presenten, pero niéganse á obedecer.»

Fouchet: «¡A la barra con los acusados; nada de privilegios!»

Los acusados descienden á la barra. La Asamblea aplaude con frenesí.

Robespierre fué conducido á los comités como para ser interrogado; ¿qué podía temer allí? Contaba con numerosos amigos colocados por él. Allí conservaba un extraordinario ascendiente moral. Allí alcanzaría una nueva apoteosis.

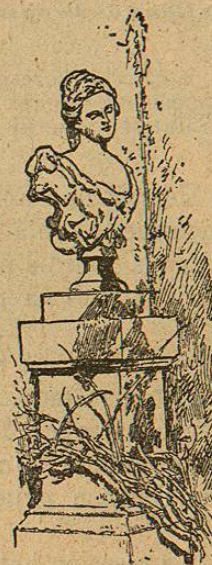
Circuló por todo París el rumor de que Robespierre había sido arrestado. Muchos dijeron: «¡Ah; por fin ha quedado destruído el patíbulo.»

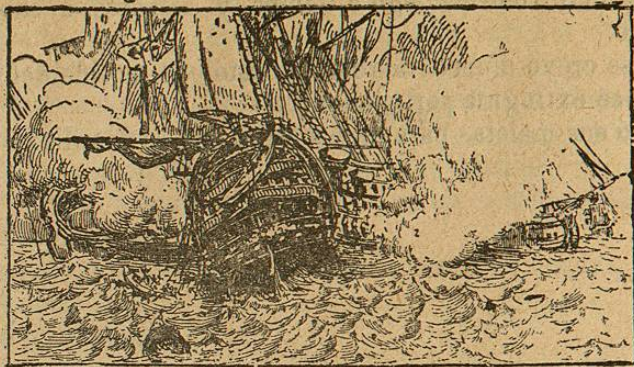
Aquel mismo día se vió salir del arrabal de San Antonio cuarenta y cinco condenados á muerte. Nada más doloroso. Muchos pedían gracia. Una parte del público se abalanzó sobre los caballos cogiendoles

de las bridas. Pero Henriot llegó á tiempo y dispersó á sablazos á la muchedumbre.

Dumas se creyó muerto también, puesto que la vida del comité revolucionario se extinguía por momentos.

Preparó sus maletas para huir á Suiza con su familia.





CAPITULO IV

La noche del 9 y la del 9 al 10.—Inmovilidad de los jacobinos.— Neutralidad de la opinión

Robespierre quiere permanecer en la cárcel.—Robespierre libertado á pesar suyo.—
El gendarme Merda.—Inanición general.—Neutralidad del arrabal de San Antonio.—
Conflicto del arrabal de Saint-Marceau.—Fluctúan las secciones.

Cuando llegó á oídos de Henriot que Robespierre había sido detenido, á la cabeza de sus gendarmes llegó á la plaza de la Greve.

A la puerta de las Tullerías la guardia presentó las armas cuando un ujier dijo: «Gendarmes, este hombre ya no es vuestro general: he aquí el decreto.»

Los gendarmes retrocedieron. Henriot que acababa de arrestar á Merlin de Thionville, se encontró arrestado.

Robespierre salió del comité para ser conducido al Luxemburgo. Llegó escoltado más bien que guardado. Una muchedumbre de partidarios que llenaban la calle de Tournon gritó: «¡A la Comuna! ¡A la Comuna!»

A las seis de la tarde la insurrección había estallado fuertemente. En la Greve había ya visto cañones. No se obedecía al comité ni se reconocía más autoridad que la de Payan.

Robespierre encontró en todo esto sobra de precipitación, quiso ir lejos de la plaza del Hotel de Ville. Dijo que era prisionero por virtud de un decreto y quería obedecerlo. Pidió que del Luxemburgo se le trasladara á la administración de policía municipal. Conocía Robespierre el corazón de París. Robespierre mártir, víctima de los ladrones y de los traidores, era un hermoso texto para impresionar á los corazones. Robespierre, jefe de motín, disparando contra la Asamblea, era ridículo sencillamente.

Mostróse enemigo de la insurrección. El verdadero amo del Pala-

cio de Justicia era Fouquier Tinville. ¿Podía la calumnia del pretendido realismo de Robespierre convencer á nadie?

Los exaltados trabajaron con entusiasmo para perderlo.

Fouquier entró en el Palacio de Justicia á las seis de la tarde,



GENSONNÉ

casi en el momento que Robespierre entraba en la Policía. Fouquier lo vió. Ni éste, ni Dobsent, presidente del tribunal que cenaban juntos fueron á verle.

Robespierre en la sección no estaba vigilado. Se dirigió á la sección de la Ciudad, muy importante por su posición central. Esta sección estaba aun influenciada por Robespierre. Este pidió cincuenta hombres á la sección; pero cuando los guardias municipales rodearon á Robespierre diciendo que trataban de tenerle bajo su salvaguardia, el comandante contestó fríamente que no era posible aceptar la escolta, ya que Robespierre estaba arrestado.

La Convención se reunió á las siete de la noche y se enteró de la

detención de Henriot, pero los comités nada hacían para completar sus órdenes. Henriot fué enviado primero al comité de Seguridad, donde solo se encontraba un miembro, Amar, que se excusó; fué conducido después al de Salud pública, donde se encontraban Barere, Billaud y otros. «Que se le conduzca nuevamente al comité de Seguridad.»

Un poco antes de las diez de la noche el comité oía tristemente el somatén de la Comuna. Abrense las puertas precipitadamente y uno grita. «¡Ha sido libertado Robespierre!»

Efectivamente. Hacia las nueve Conffinhal, desesperando de que Robespierre fuese á la Comuna, se encargó de arrastrarlo. Lo levantó frente á la alcaldía, al Hotel de Ville, donde estaba el foco de la insurrección; dió á Robespierre el carácter también de insurgente. El fué quien entregó los documentos para que fuera condenado á muerte Danton. El fué quien condujo á Robespierre por el camino de la muerte.

El infortunado decía: «¡Me conducís á la muerte: me perdéis, perdéis á la República!»

El comité de Salud pública quedó aterrado creyendo que la Comuna, al apoderarse de Robespierre, se sujetaría á las imposiciones de éste.

El gendarme que llevó la noticia era un muchacho de diecinueve años llamado Merda. ¿Cómo pudo reclutarse á este individuo?

A los diecisiete años ingresó en la guardia constitucional del rey. Pasó el 92 en la *gendarmería de los hombres del 14 de Julio*. Las continuas luchas debieron hacer de este muchacho un hombre de acción. Merda, sin ambiciones, llegó á coronel y pereció en la batalla de Moscou. El fué quien dijo que por su propia mano había detenido á Henriot. Y corriendo, lleno de entusiasmo fué al comité de Seguridad á buscar á sus camaradas. Grande fué el peligro que corrió allí, pues Conffinhal con una masa de artilleros logró libertad á Henriot. Este conoció á Merda, quien pudo salvarse milagrosamente.

En la Convención reinó extraordinaria ansiedad. Nadie podía impedir que las fuerzas penetraran en la sala.

«¡Ciudadanos—dijo Collot-d'-Herbois valerosamente,—ha llegado la ocasión de morir. El comité ha sido invadido por los insurgentes, corramos á salvarlos!»

«¡Corramos!» dijeron á una las tribunas.

La Convención quedó completamente sola.

El miedo hace milagros frecuentemente. Precisamente Amar, el mas temible de los miembros del comité, quien evitó la vigilancia de Henriot, se encontró juntamente con éste á la cabeza de los artilleros. No había más que una compañía completamente decidida por la Comuna. Pero las demás tampoco demostraron mucho ardor por la Comuna. La gran mayoría ni siguió á Amar ni á Henriot. La plaza quedó completamente solitaria.

La escena no estaba más animada en la Comuna. Pocos decían que no á sus excitaciones, pero nadie acudía. El Departamento estaba

contra la Comuna. El Palacio de Justicia permanecía en una neutralidad sospechosa. El alcalde Fleuriot fué á decidir á Fouquier-Tinville y nada consiguió.

Ante la frialdad general Robespierre no podía contar más que con



LEBAS

sus fuerzas, que no eran más que las de los jacobinos, de los *comités* y *sociedades* jacobinas.

Habló de los cuarenta y ocho comités revolucionarios jacobinos, robespierristas, asalariados, verdaderos reyes de París que lo perderían todo con un cambio.

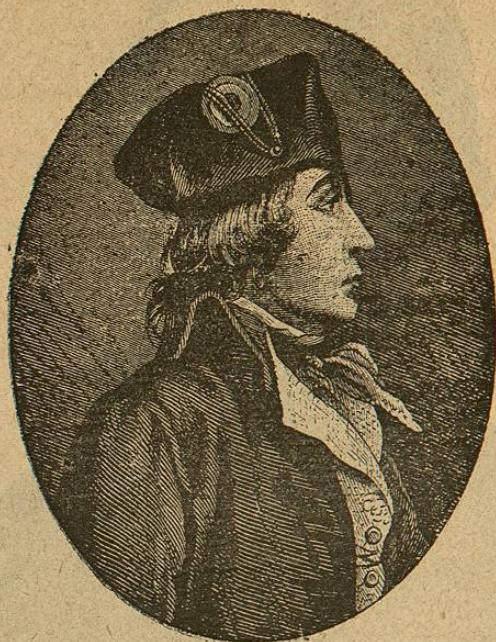
En cuanto á la sociedad jacobina se ha visto el día 9 lo que pasó, las lágrimas, los juramentos, las protestas, el entusiasmo. Si en esto había alguna fuerza debía considerarla Robespierre como propia.

Acudieron unos pocos comités revolucionarios. Figuraban en ellos funcionarios que temían perder la colocación.

La sociedad jacobina se agitó más de lo que se creyó, tratando de ponerse en comunicación con las secciones. De dos en dos horas envió diputaciones á la Comuna, pero nunca fué en corporación.

Esta presentación fué la que la Comuna esperó vanamente durante toda la noche.

Dividióse la sociedad jacobina. Couthon, enfermo, permaneció al lado de su mujer y de su hijo. Robespierre y Saint-Just le escribieron



LEBON

lo siguiente: «Couthon, todos los patriotas han sido proscriptos; el pueblo entero se ha sublevado. Sería traicionarlo no presentarte en la Comuna, donde estamos.»

Couthon fué al instante. Pero los jacobinos no fueron más que por alegaciones.

En todo París se inició un movimiento de indiferencia. ¡Extraña neutralidad en un pueblo de tanta vida!

A las diez de la noche Collot decía en el sillón presidencial de la Convención: «Sepamos morir en nuestro sitio.»

Robespierre decía más tarde á Couthon en la Comuna: «Sepamos soportar nuestra suerte.»

¿De donde provenía este aislamiento? La Comuna, aun procediendo con largueza y generosidad con los indigentes, había descontentado á

las masas declarando que no le afectaba la cuestión de las subsistencias cuando la antigua Comuna, la de Chaumette no se preocupaba de otra cosa. Las nuevas autoridades prescindían de esta cuestión.

¿Qué actitud adoptarían las secciones? Era un problema complejo.

La Convención procedió tardíamente. A las diez de la noche, cuando Collot decía: «Sepamos morir», un diputado desconocido, Beaupré, tomó la iniciativa y pidió que se creara una comisión de defensa, la



VADIER

cual reconoció á los comités. Propusieron á un general, á Barras, colega de Freron, en Tolón, después de declarar fuera de la ley á quienes se sustrajeran á la orden de arresto. Voulland consiguió que á Robespierre se le declarase fuera de la ley.

Barras, general sin fuerzas, practicó un reconocimiento alrededor de las Tullerías. Los representantes eran bien recibidos, pero casi no encontraban á nadie. Las delegaciones iban y volvían de noche, á la luz de las antorchas. Los parisienses dormían.

¿Nada quedaba ya del partido hebertista, tan poderoso en el 93? ¿Habían desaparecido la iglesia y los sacerdotes del templo de la Razón? Varlet, Leclerc, Roux. ¿no habían dejado discípulos?

La sección de *Montmartre* tenía por principal agitador al metalurgista Hassenfratz, forjador, que ejercía gran imperio sobre los obreros. Después fué profesor del Colegio de Francia y destituido en 1815.

Esta sección arrastró á otras tres en su odio á Robespierre, si bien precedidas por las del *Homme-Armé*. Otra sección, la de *Maison-Commune*, las obedece. Esta estaba instalada en la Greve mismo, de suerte que la Comuna y el Hotel de Ville quedaban aislados, sin defensa alguna. Las calles inmediatas, entonces muy miserables, estaban encendidas en indignación por la carestía de los víveres.

Tallien vivía en la calle de la Perle, precisamente al extremo de la sección del *Homme-Armée*.

Es muy probable que mientras Robespierre se encontraba en la alcaldía hiciera saber á esta sección «que la Convención corría grandes peligros, que la municipalidad quería colocarse fuera de las autoridades de la Asamblea nacional, que daba asilo á los individuos contra quienes se ordenaba el arresto.»

La sección, rápidamente acuerda que sus cañones sean enviados á la Asamblea. La sección esta, fué la que tomó la primera iniciativa contra la Comuna y se encargó de correr de distrito en distrito y de levantar el ánimo.

La sección de la *Cité* como otras, no se distinguió por su actividad, pero su neutralidad fué rica en resultados.

Para resumir: todas las secciones que se habían llamado anarquistas (y que contenían realmente el primer germen del socialismo) mostráronse enemigas de Robespierre.

Parecía haberse iniciado un movimiento general de las secciones contra Robespierre, contra el dictador, contra el hombre caído.

La Asamblea había enviado para disputar á las secciones á Legendre, Leonardo Bourdon y otro.

Distribuyéronse entre las calles de Arcis, Saint-Honoré y sección de Gravilliers.

Aquí residían los elementos verdaderamente revolucionarios, el obrero libre, el pequeño industrial. Nadie les había arrancado aún de su memoria á su apóstol, á su tribuno.

No era, no, extraño pues que Leonardo Bourdon, siendo un hombre tan frío encontrara allí elementos contra Robespierre, de los que supo sacar partido.

Leonardo Bourdon colocóse al frente de las fuerzas reclutadas precipitadamente, intentando aproximarse al Hotel de Ville.

El joven gendarme Merda, que estaba con ellos, desempeñó aquí un papel principal, pues él dirigió y combinó.

Personalmente estaba interesado en la cuestión. Por arrestar á Henriot tenía su vida en peligro. ¿Si ahora arrestaba á Robespierre, que le ocurriría? Que Robespierre desde su cárcel ordenaría que lo fusilaran.

Era, pues, preciso matarlo. Tal debió ser su razonamiento.

Llegó la columna de Gravilliers ante Sain-Merry y encontró á los artilleros que abandonaban la Greve. La plaza quedó casi solitaria.

Convínose en que Leonardo Bourdon y el centro de la columna

llegarían hasta el puente de Notre-Dame y que los hombres que formaban la vanguardia se llegaran hasta la misma plaza de la Greve, y finalmente Merda, si podía, ayudado con los gendarmes penetraría en el Hotel de Ville.

Reinaba gran división.

Saint-Just, Couthon, Conffinhal, todos querían moverse: solo Robespierre deseaba esperar. Y dígame lo que se quiera, sus razones tenía para esto. «¿De suerte que no tenemos nada que hacer sino morir?» dijo Couthon. Esta palabra conmovió á Robespierre, quien cogió una hoja de papel timbrado de la Comuna, en la que se había redactado ya el llamamiento á la insurrección y escribió tres letras que aun se ven: Rob... Pero al llegar aquí su conciencia se sublevó. Arrojó la pluma:

«¿Escribir?—se dijo—pero ¿en nombre de quién?»

Estas palabras eran su sentencia de muerte, pero eran también las de su vindicación ante el porvenir, ante la historia.

Murió ciudadano.

